

## DEMOCRACIA Y CULTURA POLÍTICA

Nos reúne una propuesta: aprender a negociar los conflictos, a vivir en paz y a formarnos como demócratas en el seno de la institución educativa vinculando a la familia, la célula de socialización primaria que con la escuela conforma la comunidad educativa.

Se nos propone vivir una actitud dialogante donde confrontemos ideas dando razones acerca de nuestros puntos de vista y, a la vez, respetemos los puntos de vista del otro ejerciendo la democracia y formándonos como ciudadanos, como sujetos de derechos y deberes, hombres iguales que conviven a partir de unas normas aceptadas, respetadas y protegidas en el ejercicio diario de nuestras vidas.

Es una propuesta compleja, abarcante, sobre cuyos aspectos ilustran bien los textos preparados por el Instituto Luis Carlos Galán Sarmiento para el Desarrollo de la Democracia, cuyos tópicos serán expuestos a lo largo de estas sesiones.

Para comenzarlas haré una reflexión introductoria sobre el tema de la democracia y la cultura política.

Es un tema crucial. Crucial para el mundo

en general, tanto para las naciones desarrolladas como para nuestro país.

Atenas fue la cuna de la democracia, y el más valorado fruto de la cultura occidental, los Estados Unidos de América, creó la democracia moderna, aclimatada en Europa por la Francia revolucionaria. Pero esa Europa desarrollada, democrática y culta ha sufrido a lo largo del siglo que termina algunos de los procesos más antidemocráticos de la historia, ayer en Alemania, cuando provocó un sentimiento de fracaso de la civilización occidental europea y llevó a los hombres más flexibles mentalmente, y tal vez los más sensibles a los intereses más humanos, a mirar hacia otros horizontes en busca de salidas, hoy en lo que fuera Yugoslavia, fenómeno desgarrador que deberá producir también grandes vuelcos en la reflexión y en las aspiraciones europeas, y en medio de los

problemas surgidos al final la larga onda expansiva de la economía capitalista ve renacer el neonazismo, intenta desmontar esquemas de seguridad social que protegían a los ciudadanos propios y a los inmigrantes, padece de oleadas de racismo y rechaza a los hombres llegados de un tercer mundo sobre poblado y



pobre, como lo hace también Estados Unidos, la patria de las libertades que ayer masacró negros y truncó la vida de un emisario pacífico en busca de equidad para los suyos y hoy sacrifica naciones con graves dificultades para responder a las condiciones inequitativas del mercado mundial, sometiendo las leyes de la oferta y la demanda a los imperativos de su dominio militar del mundo, propiciando baños de sangre, dolor y envilecimiento para muchos, especialmente hombres jóvenes, y obligando dilapidar en una guerra interesada enormes recursos y esfuerzos humanos que deberían servir y ser orientados a lograr los fines de la justicia social y la erosión progresiva de la impunidad.

Colombia, una república libertadora, más antigua que la alemana y la italiana, ejemplo de estabilidad de la democracia política en América Latina, es tal vez el país más violento de la tierra en la actualidad. Es un vórtice de fuertes y rápidos cambios, donde se reúnen etnias y culturas muy diferentes, estructuraciones sociales muy diferenciadas y procesos de variadísimo tipo.

Es un país sometido a la difícil dialéctica del ORDEN y la VIOLENCIA, como nos muestra magistralmente Daniel Pecaute. Son ellas las coordenadas de nuestra vida social y de lo político en todo aquello que tiene relación con lo social.

Un orden autoritario, configurado por la acción política de nuestros "representantes" elegidos casi ininterrumpidamente mediante un ejercicio democrático pobre, bastante imperfecto, no tanto para gestionar nuestros intereses sociales cuanto para asegurar el de los intereses de los propios elegidos y los intereses particulares de sus clientelas.

Violencia que es el modo de «resolver» nuestros conflictos cuando superan el nivel nuestra tolerancia o de nuestra capacidad de soportar sin reaccionar, porque el Estado, que tiene por finalidad ser mediador y ejercer la fuerza legítima, no lo hace o lo hace en forma imperfecta, insuficiente o desmedida, ocupado más bien en gestionar los intereses de los diferentes poderes económicos y sobrepasado por la compleja multitud de necesidades, sectores y demandas sociales

insatisfechas. Una violencia que estalla porque no se encuentran en los procesos de la vida social canales suficientes para transar los enfrentamientos, pues las instituciones de la sociedad no alcanzan a abordar muchos de los espacios de choque precisamente por la desorganización estructural que las inmoviliza, debido a la imperfecta trama de un tejido social donde cada quien se va fácilmente librando a sus propios esfuerzos, a enfrentar sus fracasos en medio de la soledad y el desamparo.

Una violencia que no es cultura creada sino respuesta desesperada o calculada, a menudo convertida en camino trillado de salida a la frustración permanente o la sed de venganza insaciada o en fuente de recursos económicos y de poder. Una violencia que es fruto de nuestra vulnerabilidad económica, social y cultural; sin una suficiente autonomía, sin una adecuada información, sin una necesaria flexibilidad mental y emocional, somos tolerantes, hacemos de el "otro", el diferente, un enemigo... y al enemigo se le combate y se le destruye.

Orden y violencia. Un orden democrático formal, jerarquizado. Una violencia que es ejercicio vertical del poder, por fuera del derecho, cargado de desconocimientos e irrespeto del otro, que le acalla o le calla para siempre.

#### **ORDEN Y VIOLENCIA TAMBIÉN EN LA ESCUELA Y EN LA FAMILIA**

La escuela, espacio para vigilar y castigar, nos dice Michel Foucault, para aprender a responder a las demandas del poder y del ordenamiento social, para aprender a ejercer el poder y el poder del saber. Aprender con sacrificio, asimilar las normas, disciplinar el cuerpo y la mente, ser castigado legítimamente con el gesto, con la palabra o con la nota. Dureza efectiva, objetividad del conocimiento, cumplimiento de objetivos no asumidos en forma personal. Respeto a las jerarquías. Espacio del poder del que vigila y castiga pero también del poder del rebelde, el indisciplinado, el que cierra el aprendizaje. Espacio de conflictos. Orden autoritario y también imposición violenta.

Se trata de actuar en medio de esa estructuración de nuestra sociedad, de ese programa político en ejercicio de nuestro país, de eso que soportamos permanentemente, para tratar de abrir espacio en un eje de acción que intenta cambiar este estado de cosas.

Un eje de acción que no es panacea, ni solución pero sí dinámica de gran importancia porque nos permite, como miembros de la comunidad educativa, hacer, actuar, construir. Abre un espacio para que cada uno de los involucrados haga "lo que le corresponde", lo que puede y quiere. Lo que debe, como sujeto político democrata, como hombre responsable. Dándose y autocontruyéndose, abriéndose a los otros.

Es abrir espacio en una sensibilidad diferente, donde aprovechemos esa riqueza mestiza que nos constituye, ese carácter latino sensual, juguetón, sonriente.

La tarea puede cumplirse con diferentes niveles de profundidad. Como un ejercicio ilustrado que reúne a algunas personas más o menos motivadas para hacer una reflexión más o menos juiciosa y una ocasión para pensar un poco en nuestros pequeños afanes y lograr algunos cambios. O como un espacio de aprendizaje de nociones y procedimientos que no han sido muy conocidos y resultan interesantes y prometedores.

O pueden construirse en una tarea que no es pequeña. En un sentido, la propuesta es que nos cambiemos en muchas formas, todos y juntos. Que aprendamos, nos permitamos equivocarnos y corriamos. Que reflexionemos sobre todo lo que es democracia, el poder, una cultura política, los derechos humanos, el conflicto y la convivencia. Que aprendamos mucho y aprisa, sobre todo el respeto al otro, desde su simple integridad física hasta sus sentimientos e ignorancias,

sobre el respeto a su lucha desigual en una sociedad que no le protege no le dio instrumentos suficientes para guardarse. Que sepamos de sus desmesurados problemas de cada día. Que detengamos el juicio y el prejuicio porque somos sensible a sus circunstancias, porque somos capaces de ponernos en su pellejo y entender su furia y su grandeza y porque nos empeñamos en conocerle y saber de sus espacios y sus afanes para distanciar el prejuicio, esa reacción humana tan propia, tan reiterada.

La tarea consiste en que formemos y actuemos en una cultura política democrática. Que hagamos de nosotros un alumno, un profesor, un administrador, un padre de familia que sea cuidado en plenitud, practicante de la democracia social. Alguien interesado en el hombre, la sociedad y el medio, que responde de sí y de los otros, de su sociedad, de su territorio, sujeto de derechos y deberes, que reconoce el derecho del otro, respeta sus diferencias, sabe convivir.

Y todo ello no es abstracto, no porque sé que es lo mejor, sino en concreto, porque siento al otro y me siento a mí mismo, porque esa sensibilidad me impide aplastarlo. No porque le reconozco sujeto de unos derechos humanos que son la fórmula que puedo aplicar en cada situación pensada, sino porque siento a alguien de carne y hueso, a quien reconozco y acepto como es, porque siento su deseo, su necesidad, su sufrimiento, su rebeldía en la medida en que siento mi propio deseo, mi propia necesidad, su sufrimiento, su rebeldía en que siento mi propio deseo, mi propia necesidad y rebeldía, mi propio sufrimiento. Porque anhelo que todo eso que él es tenga cumplimiento o respuesta o porque su irreductible diferencia de respeto, la reconozco y permito que pueda ser realizada, a pesar de que violento mi propia diferencia: y qué asunto tan



complejo, tan dramático puede ser éste! Decirlo suena bien, y practicarlo?

#### **PORQUE, ANTE TODO, SE TRATA DE LO AFECTIVO**

Nos hemos acostumbrado a creer que en la escuela nuestro asunto tiene que ver con el conocimiento. Proceso de enseñanza – aprendizaje. Muy objetivo, muy planificable, muy evaluable.

Las aulas son propicias a la formulación de verdaderas abstractas, nos dice Luis Carlos Restrepo<sup>1</sup>, los profesores “actúan como auténticos mariscales de campo, sea el momento de enunciar su verdad o cuando se aprestan a calificar aprendizaje. Desde las tempranas experiencias de la escuela de adiestra al niño en un saber de guerra que pretende una neutralidad sin emociones, para que adquiera sobre el objeto de conocimiento un dominio absoluto, igual al pretender obtener los generales que se toman las poblaciones enemigas bajo la divisa de tierra arrasada. Símbolo de este modelo de conocimiento es la forma como se accede al estudio de la vida vegetal o animal, bien con herbarios donde las plantas aparecen marchitas y mutiladas o a través de la vivisección y el desecamiento de animales. Toda interacción con la vida que nos rodea para por su destrucción, como si lo único que pudiéramos apropiarnos de los otros fuera su cadáver. La ciencia, con su esquematismo alejado de la dinámica vital, nos ha hecho creer que sólo podemos conocer si descomponemos al otro una vez deteniendo el movimiento, metodología que aplicamos a diario tanto en la investigación biológica como en la social, extendiéndola además a la vida afectiva y a nuestra relación con los demás” (p. 18-19)

Y añade: “es posible conocer las plantas y a los delfines manteniendo una relación afectiva y tierna con ellos”. Así como hay verdades de la guerra, las hay del afecto, de la ternura, pues “como lo dijo hace algunos años Jürgen Habermas, es un cuerpo de prácticas y anunciados cruzados por una diversidad de intereses que van desde el afán de dominio instrumental hasta el fomento de la emancipación y la libertad” (p. 19-20)

La actividad política es, en sentido amplio, como indica Ágnes Heller<sup>2</sup>, toda ocupación desarrollada con la

consciencia del nosotros en interés de una determinada integración (p. 172). Es preocupación por un nosotros unido, por los hombres en sus interacciones y, por lo tanto, es interés por lo humano fundamental, es decir por lo típicamente humano, que “no es la operación fría de la inteligencia binaria, pues las máquinas saben mejor que nosotros decir que dos más dos son cuatro. Lo que nos caracteriza y diferencia de la inteligencia artificial es la capacidad de emocionarnos, de reconstruir el mundo y el conocimiento a partir de los lazos afectivos que nos impactan”.

“Hace algunos años creíamos todavía que las máquinas podían llegar a reemplazarnos en las tareas fundamentales, por lo que era frecuente representarse el futuro como una sociedad robotizada. Este sueño terrorífico se ha ido disipando en el horizonte científico y social, porque ahora tenemos claro que si bien el robot puede reproducir ciertas funciones o actividades humanas, nadie ha podido inventar el computador capaz de sentir, de comprometerse con el entorno, de llorar o de reír. Y no es este hecho intrascendente. Como los seres humanos sólo podemos constatar que la pesadilla del hombre máquina, que ha perseguido a occidente sirvió también para ratificar de manera profunda y certera la auténtica dimensión de lo humano. Lo que caracteriza a nuestro pensamiento, a nuestra cognición, lo que jamás podrá suplantar ninguna máquina, es precisamente ese componente afectivo presente en todas las manifestaciones de la convivencia interpersonal” (Restrepo p. 25-26).

La actividad escolar seguirá siendo una actividad con un sentido político de formación de hombres para la guerra, combatientes por el conocimiento, vencedores en las profesiones, triunfadores de la lucha por las mejores posiciones sociales, la riqueza, el poder, o de formación de cuadros capaces para el ejército de funcionarios – como por ejemplo maestros y profesores, directivos y administradores de las entidades educativas – o para el ejército de los obreros, los vendedores; en general, los cuadros medios y bajos de las instituciones públicas y privadas. O seguirá siendo la actividad escolar formadora de padres y madres que se aseguran de formar a su vez hijos ordenados, atentos, que sigan los caminos trazados. O esa actividad educativa se preocupará más por lo

típicamente humano. Por ser espacio para la emoción del conocimiento, para el goce estético y el disfrute atlético. Ocupada en desplegar horizontes para esa sensualidad, esa capacidad de juego y esa relación amable, sonriente, tan propia de nuestra idiosincrasia tropical y mestiza. Una actividad con el sentido político de formación de hombres para un mundo crecientemente comunitario, integrador, protector y liberador.

En bien del hombre y su mundo, de cada ser humano concreto y cada territorio, hemos de buscar la eliminación progresiva de “la separación entre razón y emoción es producto de la torpeza y analfabetismo afectivo a que nos ha llevado un imperio burocrático y generalizador que desconoce por ejemplo de dinámica de los procesos singulares. Dado que nuestras cogniciones están determinadas por fenómenos de dependencia e interdependencia, por cruce de gestos y cuerpos, es imposible seguir excluyendo la afectividad del terreno epistemológico” (Restrepo, p. 59), y de los distintos terrenos en que se mueven.

De esa forma nos adentraremos en el corazón de lo que implica la democracia. Lo afectuoso, la caricia, no tiene que ver con la vida íntima, nos enseña Restrepo. Al hablar de caricia “nos referimos a otros espacios de la vida social que van desde la escuela hasta la política. La caricia es una figura que tiene que ver de manera estrecha con el uso del poder, pudiendo decirse que mientras el autoritarismo es un modelo político agarrador y ultrajante, la democracia es una forma de caricia social donde nos abrimos a la cogestión y a la praxis incierta, sin las cuales es imposible construir una verdad con el otro”.

“Enrutarnos hacia la ternura es tener siempre presente, en el horizonte, la posibilidad de la crueldad y la violencia, hablamos de ternura sin desconocer la facilidad con que los seres humanos accedemos a la violencia. La ternura actúa como una especie de

conjuro que impide que actuemos nuestro odio hasta exterminar al diferente” (p. 93).

“La línea que separa la caricia del agarre es bastante tenue. El ejercicio humano por la excelencia consiste en mantener un término medio entre estos dos extremos, como si la mano estuviera impedida a coger y soltar, agarrar y acariciar, abierta a una variabilidad de matices” (p. 90). Ahí nos jugamos nuestra condición humana, la relación yo – tu y él.



Afectividad, goce, caricia, sensibilidad. Richard Rorty comienza su texto provocador – Contingencia, ironía y solidaridad<sup>3</sup> – con una líneas de Milán Kundera: “el arte creó el fascinante reino imaginario en el que nadie posee la verdad y todos el derecho a ser entendidos. Ese reino imaginario de la tolerancia” que nació en la Europa moderna, con la cultura occidental moderna. Es el sueño de Europa, “suficientemente fuerte todavía para unirnos a todos en la fraternidad... mundo frágil y perecedero... de respeto por el individuo, por la originalidad de su pensamiento y por su derecho a una vida privada inviolable” (El arte de la novela, citado en: p.11), que hace hombres autónomos, capaces de reconocer la autonomía y los espacios del otro y de respetarlos, constructores de sociedades integradas, de hombres diferenciados e integrales.

Hombres que no se acercan unos a otros sólo desde su condición de seres de razón

Porque mirar el asunto de la consolidación y despliegue de una cultura democrática desde lo razonado en el diálogo, desde esos derechos formulados en los grandes foros, como fruto de la negociación entre los Estados, es impositivo. Impone “la cultura occidental”. Se trata de acoger logros como esas fórmulas decantadas a lo larga de una rica historia, más sabiendo que no son para todos los hombres de igual valor y significación.

En nuestro propio país, son muchos los que están haciendo parte de otras culturas, centran lo más valioso para ellos en otros ámbitos, disponen de otras fórmulas que expresan otros valores. Ellos deben tener sus propios espacios de realización y proyección. Ellos no deben ser sometidos a nuestras reglas, así sean las de razón y el diálogo.

En la propia institución educativa son muchos los que no comparten la cultura dominante en ella, la cultura de clase media, muchos tienen raíces campesinas, pueblerinas, o pertenecen a sectores desgajados de su medio original o siempre que les hagan buscar esa sociedad que no los integra, que no les ofrece intereses que les haga buscar esa integración, o sectores contestatarios, que han asumido en sus vidas el rechazo a los valores e intereses de nuestra flamante sociedad de la productividad y el consumo crecientes; también ellos deben tener cabida, deben ser comprendidos, deben poder comprendernos bajo sus propias fórmulas. Y estas no son la arrogante razón occidental que dueña de sí, del saber y del poder, enfrenta otra razón igualmente arrogante, informada y poderosa.

Libre discusión “simplemente alude a la discusión que tiene lugar cuando la prensa, el poder judicial, las elecciones y las universidades son libres, la inmovilidad social es frecuente y rápida, el analfabetismo es universal, la educación superior es común y la paz y la prosperidad han hecho posible que se disponga del tiempo necesario para prestar común atención a muchísimas personas diferentes y para pensar acerca de lo que éstas dicen”, nos advierte Rorty, en forma tal que uno es escuchado y escucha los argumentos sin responder los del otro y reiterando en ellos sus intereses y afectos particulares. Una comunicación sin distorsiones y las condiciones para hacer que estas instituciones políticas democráticas y las condiciones para hacer que estas instituciones funcionen” (p. 102).

El elemento integrador de la mejor sociedad que podemos pensar es básicamente “el consenso en cuanto a que lo esencial de la organización social estriba en dar a todos la posibilidad de crearse a sí mismos según sus capacidades, y que esa meta requiere, aparte de paz y prosperidad, las ‘libertades burguesas’ clásicas. Esa convicción no se basaría en concepción alguna

acerca de determinados fines humanos universalmente compartidos, los derechos humanos, la naturaleza de la racionalidad, el Bien del Hombre, o acerca de alguna otra cosa. Sería una convicción basada en nada más profundo que en los hechos históricos que sugieren que sin la protección de algo como las instituciones de la sociedad liberal burguesa, las personas serán menos capaces de resolver su salvación privada, de crear su autoimagen privada, de volver a urdir sus tejidos de creencia y de deseo a la luz de otras personas o libros nuevos cualesquiera con que se haya llegado a tropezar, en una sociedad ideal así, la discusión de los asuntos públicos girará entorno a 1) cómo equilibrar las necesidades de paz, de bienestar y de libertad..., y 2) cómo igualar las oportunidades de creación de sí mismo y dejar entonces que las personas aprovechen o desaprovechen, su propia decisión, esas oportunidades” (Rorty, p. 102 – 103).

Inclusive el derecho de no aprovechar lo que es posible, inclusive el derecho a no participar en la discusión porque no quiere, porque esa no es su forma de valorada de relacionarse con otros, porque esa no es una destreza desarrollada por su cultura... derecho a disentir o a excluirse del banquete de los dones de nuestra cultura educativa de clase media, por ejemplo.

Reto difícil de aceptar, necesidad de que la sociedad estructure otros caminos satisfactorios, realizativos para quienes así conciben o intuyen sus vidas.

Y no olvidemos. Todo esto exige democracia y prosperidad – obviamente no el “modo americano de vida, o al menos no sólo ese –. “Sólo en la medida en que una sociedad determinada, una estructura social determinada contribuye al desarrollo de las fuerzas esenciales del hombre” (p. 52) puede éste convertirse en representante de lo humano, reitera Ágnes Heller. En el proceso, que constituye una especie de esperanza social, “la esperanza de que la vida será eventualmente más libre, menos cruel, dispondrá de más tiempo libre, será más rica en bienes y en experiencias, no sólo para nuestros descendientes sino también para los descendientes de todos” (Rorty, p. 104)

En realidad “el hombre quiere encontrar ante todo su puesto – (su propio puesto) en el mundo, aspira no a la

‘felicidad’ – como acostumbra a decir la ética en el espíritu del pensamiento cotidiano –, sino a una vida que tenga sentido para él, pero el mundo ofrece a la medida que los hombres, los que actúan según sus motivaciones particulares “pocas posibilidades de ordenar su vida sobre la base de la individualidad” (Heller, p. 57 y 65), sobre la base de intereses asumidos como propios, portadores de sentido, que guían un hacer autorealizador.

Tal sentido de la propia vida pasa por algo que es índice de avance humanizador: la solidaridad. Tenemos obligación moral de experimentar un sentimiento de solidaridad con los demás seres humanos: es esto lo que está en el fondo de los logros de una verdadera democracia, pues ésta se basa no el conocimiento de una esencia humana dada en todos los seres humanos sino “en la capacidad de percibir cada vez con mayor claridad que las diferencias tradicionales (de tribu, de religión, de raza, de costumbres, y las demás de la misma especie) carecen de importancia cuando se las compara con las similitudes referentes al dolor y la humillación” (Rorty, p. 208 y 210), a que están expuestos todos los hombres y a los cuales pueden ser sometidos a propósito por otros hombres, si la sociedad no se empeña permanentemente en tratar de impedirlo.

Lo variado de los intereses, de las culturas, de los sentidos de realización humana nos hacen volver los ojos a Aristóteles. El individuo, el hombre que se sabe tal hombre, posee un sentido, una sabiduría: la capacidad de encontrar cada vez el “camino de en medio”, lo que para él era la categoría central de la ética y en Tomás de Aquino el criterio de verdad – la verdad está justo en el medio –, que es más bien, según nos propone Ágnes Heller, algo válido “en la actividad cotidiana del individuo, en el trabajo y – por lo que afecta a la consciencia del nosotros – en la actividad política” (p. 60): camino para la conciliación de intereses en una cultura política democrática, camino de integración.

En la historia del género humano “han existido ya integraciones en la que la reproducción del particular ha coincidido más o menos con la reproducción de la individualidad. Pensamos en épocas y estratos en los cuales la comunidad representa directamente el máximo grado de desarrollo de la genericidad de aquel tiempo y en los cuales la existencia misma de la

comunidad exigía una relación individual con la integración. En otras palabras, pensamos en la comunidades democráticas” (Heller, p.65). Reproducción de hombres con sentido de sí, es decir, procesos sociales de educación.

Los individuos se forman. “Es típico de la vida orientada sobre la particularidad que el particular o reprime simplemente sus necesidades particulares o las canaliza hacia las zonas no prohibidas. La individualidad, por el contrario, ‘se educa’, se cultiva las cualidades que cree cargadas de valor y se distancia de las otras. En ellas la ‘sabiduría’ moral está más desarrollada, aplica – precisamente a causa de la sabiduría – a los casos particulares los sistemas de exigencias de modo elástico, elige con la resolución entre los diversos valores y las diversas exigencias y tiende con mayor decisión a elaborar una jerarquía de valores propia” (Heller, p. 144)

Formar, educar individuos, es abrir espacios para la diversidad asumida en hombres que saben de sí, no sólo en el sentido de conocimiento racional sino también afectivo, y que saben del otro, de los infinitos otros y que con consecuencia de nosotros se interesan por la integración, hombres con consciencia colectiva de intereses comunes y empatía con los otros, aún a través de la divergencia irreductible, dispuestos a procurar la preservación de las relaciones solidarias, capaces de buscar acuerdos sobre lo esencial y lo posible, resguardando espacios privados para la satisfacción de intereses privados.

Humanización de la vida cotidiana de los hombres, vivenciada por individuos que se realizan, que necesitan realizarse, humanización de la vida cotidiana facilitada crecientemente por una sociedad que a partir de condiciones de su economía crea una estructura social y cultural que promueve en cada hombre el desarrollo de su individualidad.

#### BIBLIOGRAFÍA

- 1 RESTREPO, Luis Carlos. El derecho de la ternura. Segunda edición. Arango Editores, Bogotá, 1995.
- 2 HELLER, Ágnes. Sociología de la vida cotidiana. Tercera edición. Ediciones Península, Barcelona, 1991 (1970)
- 3 RORTY, Richard. Contingencia, ironía y solidaridad. Ediciones Paidós, Barcelona, 1991 (1989)